

El libro del trimestre

Ernesto Sábato

Antes del fin

Seix Barral, Barcelona, 1999. 190 págs.

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

Antes del fin no es un libro de memorias pormenorizado. Es, más bien, un testamento espiritual. Hay en él los recuerdos suficientes para enmarcar una vida rebelde, que pudo ser de éxitos en el mundo de la Academia científica, y que, por coherencia personal y compromiso con los desposeídos, caminó con un rumbo diferente: la literatura, como una opción de vida en la que nunca se olvidaran la esperanza y la lucha por la justicia.

En el libro hay dudas, denuncias, luchas, y la esperanza que siempre prevalece. Se trata de la manera de vivir la vida un hombre sabio, ése que, después de caminar intensamente todas las edades de su vida, encuentra el sentido ante el final inevitable y hasta el final, entregando su vida y su palabra a todo aquel que quiera acogerla, joven o viejo, para fecundar la Vida con mayúscula, algo por lo que todavía vale la pena sufrir y morir, una comunión entre hombres, porque «el hombre sólo cabe en la utopía».

Le oímos contar muchas cosas, con lirismo, con sinceridad, le salen desde dentro y nos alcanzan de lleno. A los ochenta y ocho años de su vida comienza reconociendo que nunca tuvo buena memoria, pero que «tal vez eso sea una forma de recordar únicamente lo que debe ser, quizás lo más grande que nos ha sucedido en la vida, lo que tiene algún significado profundo, lo que ha sido decisivo —para bien o para mal— en este complejo e inexplicable viaje hacia la muerte que es la vida de cualquiera».

Y, a la manera de los sabios de las tribus antiguas, junto al calor de las brasas, rodeados de chiquitos sentados sobre sus rodillas o amontonados en el suelo, se dispone a contar algunos acontecimientos de una vida que para él está llena de equivocaciones, pero que siempre ha sido una desesperada búsqueda de la verdad.

Y, en silencio, con la boca abierta, junto al calor del fuego y del cariño viejo de experiencia, nos vamos llenando de palabras de sabiduría, ese saber que nos enseña a vivir y a morir.

Nos habla de su educación,

a menudo durísima, (pero que) nos enseñó a cumplir con el deber, a ser consecuentes, rigurosos con nosotros mismos, a trabajar hasta terminar cualquier tarea empezada. Y si hemos logrado algo, ha sido por esos atributos que ásperamente debimos asimilar.

¡Que necesario es recordar esta firmeza en un tiempo de tantas dimisiones! Recordar, asimismo, que educamos con lo que somos, con lo que hacemos y, en último lugar, con lo que decimos. Sábato dice, como en lamento, que muchas cosas han quedado sin decirse entre su padre y él, no supo valorar a tiempo actitudes de las que, después de muerto su padre, cayó en la cuenta de su enorme valor: un corazón cándido y generoso, no faltar a la palabra empeñada, fidelidad a los amigos. Parece que, en vida, la severidad de su padre fue un obstáculo para descubrir esta riqueza; estas cosas suelen «ocurrir en

esta vida que, a menudo, es un permanente desencuentro».

Añora el Colegio en el que «¡no se fabricaban profesionales!, donde el ser humano aún era una integridad» y a un profesor, tratado por sus colegas con mezquindad y con el típico resentimiento de los mediocres, un hombre que, por ser «un testigo insobornable», no llegó a ser profesor titular, pero que «era capaz de atravesar la ciudad en la noche para socorrer a un amigo.». Parece que la vida sigue igual.

Nos cuenta que a los dieciséis años empezó a vincularse a grupos anarquistas y comunistas; transcurría el año 27 del siglo. Cuando en 1930 se produjo el primer golpe militar, Sábato, entonces secretario de la Juventud Comunista, tuvo que pasar a la clandestinidad. Tenía 19 años. La experiencia de estos años de militancia le llevaron a una orientación claramente anarquista. No tiene un juicio positivo acerca del socialismo científico, al que acusa de destruir al socialismo utópico.

Denuncia la falacia que consiste en considerar a los anarquistas como resentidos sociales y recuerda que muchos de ellos, entre los que cita a Bakunin, Tolstoi, Campanella, Tomás Moro, Martín Buber y muchos vinculados a grandes pensadores religiosos, como Emmanuel Mounier, eran seres que ansiaban un mundo mejor; y se reconoce a sí mismo como

perteneciendo a esa clase de escritores de quienes señaló Camus: «Uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen». El escritor debe ser un testigo insobornable de su tiempo, con co-

Seix Barral Biblioteca Breve

Ernesto Sabato

Antes del fin



raje para decir la verdad, y levantarse contra todo oficialismo que, engeguado por sus intereses, pierde de vista la sacralidad de la persona humana. Debe prepararse para asumir lo que la etimología de la palabra testigo le advierte: para el martirologio.

Sábato tuvo la lucidez y el coraje, que para muchos «importantes» fue un desatino, de optar por un camino abrupto y en tinieblas, precisamente en el momento en que un presente envidiable y un previsible futuro prestigioso le decían dulces palabras al oído, cantos de sirenas que su-

po evitar. Recuerda que en el Laboratorio Curie, una de las más altas metas a las que podía aspirar un físico, se encontró vacío de sentido. En una vida apasionada y entregada parecen inevitables estas opciones. Pero Sábato no se vanagloria de su bondad. Al repasar los tramos de una larga travesía, afirma sencillamente que pertenece «a esa clase de hombres que se han formado en sus tropiezos con la vida» y que puede «reivindicar la búsqueda apasionada en el camino que seguí».

No faltan las duras críticas al desorden existente y la tajante afirmación de que «es inadmisiblemente abandonarse tranquilamente a la idea de que el mundo superará sin más la crisis que atraviesa». Consta que en los *Tiempos Modernos* se estaba gestando un monstruo de tres cabezas: el racionalismo, el materialismo y el individualismo. Hoy padecemos una concepción del mundo y de la vida basada en la deificación de la técnica y en la explotación del hombre. Por eso, para él, vivimos en un tiempo de inmoralidad.

Ante todo este panorama, insiste en que la educación es lo más decisivo en el porvenir de un pueblo, ya que es su fortaleza espiritual; y anima a los queridos maestros a que continúen resistiendo, porque no podemos permitir que la educación se convierta en un privilegio.

Tiene profundas y hermosas reflexiones sobre el sufrimiento: «...me estoy humanizando; es una de las consecuencias del sufrimiento».

Ante la clonación, un hecho infernal, afirma que todo hombre fue misteriosa y sagradamente único. Hacer del hombre un clon por encargo desmotiva a los jóvenes, que ya no quieren tener hijos. No cabe escepticismo mayor.

Vivimos, en fin, en una crisis total y planetaria. Hay hechos irrecusables: un chiquito muere de hambre cada dos segundos. Hemos llegado a la ignorancia a través de la razón. En estos últimos siglos de historia hemos perdido la oportunidad de construir una historia en la que el hombre fuera protagonista, en lugar de un nuevo condenado.

Tampoco faltan reflexiones sobre el tiempo, la muerte, el amor al hijo muerto, la esperanza de volver a encontrarlo en otra vida, que sólo

un Dios personal puede hacer posible; la impotencia humana y el fracaso como origen de la filosofía; la experiencia decisiva de encontrar juntas la pobreza y una gran humanidad; el suicidio...

De este hombre es el libro que os recomendamos. Un hombre con casi noventa años que todavía sabe decir:

Sí, muchachos, la vida del mundo hay que tomarla como la tarea propia y salir a defenderla. Es nuestra misión. (...) Cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia. (...) Millones de seres en el mundo sobreviven heroicamente en la miseria. Ellos son los mártires. (...) En ellos la vida se conserva sagrada en su miseria. (...) Esta clase de seres nos revelan el Absoluto que tantas veces ponemos en duda, cumpliéndose en ellos que donde abunda el peligro crece lo que salva.

Cada vez que hemos estado a punto de sucumbir en la historia nos hemos salvado por la parte más desvalida de la humanidad. Tengamos en consideración entonces las palabras de María Zambrano: «No se pasa de lo posible a lo real sino de lo imposible a lo verdadero». Muchas utopías han sido futuras realidades.

Y todo esto con empeño apasionado, porque

sólo lo que se hace apasionadamente merece nuestro afán, lo demás no vale la pena.

Estamos, en definitiva, ante un libro lleno de ternura, de sinceridad, lúcido y combativo, esperanzador. Una hermosa muestra de que la vejez es la edad de la vida que más vida alberga; su visión panorámica sobre el resto de las edades es un privilegio del que ninguna otra edad puede gozar y es, por eso mismo, insustituible para que el resto de las edades alcancen su sentido y su verdadero horizonte. Un libro que agradecemos a Sábato y que, por todo esto, os volvemos a recomendar.